

Jesús Tapia
Francisco Barrio

EL YACIMIENTO PREHISTÓRICO DE AMETZAGAINA

El poblamiento prehistórico en Gipuzkoa

Gipuzkoa es uno de los territorios de mayor tradición investigadora en el ámbito de la Prehistoria, y donde se encuentran algunos de los yacimientos más emblemáticos a nivel de la Cornisa Cantábrica y de Europa. En el espacio comprendido entre el Mar Cantábrico y la divisoria de aguas, en sentido norte-sur, y entre Aquitania y el oriente de Asturias, en sentido este-oeste, la secuencia de períodos prehistóricos presenta una gran homogeneidad, tanto en el carácter y la cronología de las ocupaciones humanas, como en los comportamientos tecnológicos, económicos y simbólicos que despliegan sus habitantes a lo largo de la Prehistoria.

Esta homogeneidad se manifiesta especialmente durante el Paleolítico Superior (aproximadamente entre 35.000 y 11.000 años a. C.), donde los diferentes desarrollos culturales se suceden de forma sincrónica en toda la región, con comportamientos similares tanto en lo económico (estrategias de caza), como en lo tecnológico (instrumentos de piedra y hueso), y en el ámbito simbólico (arte mueble y rupestre). El protagonista de este momento es ya el humano moderno (*Homo sapiens sapiens*), al que se le supone una organización social sencilla, basada en grupos móviles de pequeño tamaño, autosuficientes, que periódicamente se reunirían con otros grupos para establecer intercambios de bienes materiales, ideológicos y genéticos. Esta homogeneidad no significa que las diferencias con otras áreas vecinas –como los Pirineos y Aquitania– sean suficientes para separarlos como *grupos* o *culturas* independientes y estancas. De hecho, además de comportamientos similares, existen prue-

bas fehacientes de contactos culturales y de circulación de objetos a larga distancia entre los Pirineos y la Cornisa Cantábrica, e incluso con áreas de la vertiente mediterránea, como pueden ser determinados tipos de sílex para elaborar herramientas, o moluscos marinos para emplearlos como objetos de adorno personal.

En el panorama de un poblamiento humano basado en grupos nómadas, con territorios amplios por los que se desplazan periódicamente en función de sus necesidades, Gipuzkoa es un espacio de paso obligado entre la Cornisa Cantábrica, los Pirineos, y Aquitania. Sin embargo, a pesar del gran número de yacimientos que conocemos para estos períodos en el Cantábrico, la mayoría de ellos se corresponde con ocupaciones en cueva, lo que conduce a dos grandes problemas en la investigación arqueológica: primero, a vacíos de información en las zonas donde la geología no es apta para la formación de cuevas; y segundo, a que los únicos modos de asentamiento conocidos en este territorio sean las habitaciones en cueva. Somos conscientes de estos problemas desde antiguo ya que, de hecho, algunos de los yacimientos más relevantes de Europa consisten en ocupaciones al aire libre, incluso en latitudes más frías que la nuestra durante la última glaciación. También la propia reconstrucción arqueológica del poblamiento prehistórico reclama, necesariamente, la existencia de otros campamentos y lugares de paso al aire libre durante el Paleolítico Superior, al menos como complemento a las ocupaciones en cueva. Pero a pesar de todo, el grueso de la investigación se ha centrado tradicionalmente en los contextos de cueva, debido a que las evidencias se encuentran allí ordenadas en secuencias estratigráficas, a que la descomposición de los materiales orgánicos es menor (como ocurre con el hueso), y a que la localización de yacimientos es, en general, menos complicada.

El descubrimiento de Ametzagaina

La extensa investigación sobre Prehistoria en Gipuzkoa queda reflejada en el elevado número de yacimientos recogidos en las diversas ediciones de la Carta Arqueológica de Gipuzkoa, publicada por la Sociedad de Ciencias Aranzadi. Hacia el año 2002, nuestro trabajo en Aranzadi se encaminó a examinar algunos conjuntos de útiles en sílex, procedentes de recogidas al aire libre, que diversos particulares habían depositado en la Sociedad. El examen de estos conjuntos y la observación de grandes vacíos de información en la distribución de yacimientos prehistóricos, nos movió a presentar un proyecto de prospección con el objetivo de localizar nuevos yacimientos al aire libre, y de clarificar algunos de los hallazgos en superficie mencionados. Mientras que los terrenos calizos aptos para la formación de cuevas presentaban, en general, una alta densidad de ocupaciones prehistóricas, el sector noreste de Gipuzkoa, entre el Oria y el Bidasoa, aparecía prácticamente despoblado a excepción de los yacimientos de Jaizkibel (bajo abrigos y cornisas de arenisca) y de las cuevas de Aitzbitarte y de Torre.

Durante cuatro campañas nos centramos en examinar diferentes terrenos en la comarca de Donostialdea, principalmente en Igeldo y Ulia, donde localizamos un yacimiento nuevo y pudimos constatar la presencia de otro previamente descubierto por D. Lasa. En general las condiciones de trabajo fueron difíciles ya que el espacio se encuentra fuertemente alterado. Las zonas forestales o de pasto ofrecen muy poca visibilidad, y los propietarios no siempre permiten prospecciones en sus terrenos de labranza. Esta zona, además, se encuentra muy segmentada por vías y carreteras, y las áreas más idóneas desde un punto de vista paisajístico se encuentran totalmente urbanizadas. En definitiva, nuestra exploración se centró en la revisión de áreas aisladas, donde el relieve y el estado del terreno nos permitiesen suponer la presencia de restos prehistóricos.



Uno de estos espacios fue el monte Ametzagaina, donde realizamos una exploración sin resultados en diciembre de 2005. Sin que sirva de excusa, el desánimo, provocado por la escasa visibilidad del terreno y por la abundancia de vertidos de escombros, nos hizo desistir, y dimos por terminada la prospección. Sin embargo, apenas unos meses después, F. Barrio se puso en contacto con la Sociedad Aranzadi y comunicó el hallazgo de unas piezas de sílex procedentes de Ametzagaina. Quedamos los dos firmantes en el lugar de los hallazgos, y se pudo ve-

rificar, sin lugar a dudas, que se trataba de un yacimiento al aire libre del Paleolítico Superior. Posteriormente alcanzamos un acuerdo con el Ayuntamiento de Donostia para llevar a cabo una investigación exhaustiva, que permitiera conocer mejor el yacimiento, recuperar un mayor número de evidencias, y evitar que se viera afectado por las obras del Parque Ametzagaina. Como resultado se pudo recuperar un amplio conjunto de restos de sílex y ofrecer una interpretación preliminar de su cronología y del tipo de yacimiento de que se trata.

Los materiales arqueológicos

En Ametzagaina la totalidad de restos localizados consiste en piedras talladas, principalmente en sílex (aunque también se emplean, en menor medida, otras rocas), y la acidez del suelo descarta que se hayan podido conservar otras evidencias de origen orgánico, como el hueso, que permitirían datar mediante C14 el yacimiento. De modo que la primera tarea fue comprobar cuál es el origen de los materiales, establecer cómo se distribuyen en el espacio, y determinar si se trata de una o varias ocupaciones superpuestas en el mismo espacio a lo largo del tiempo.

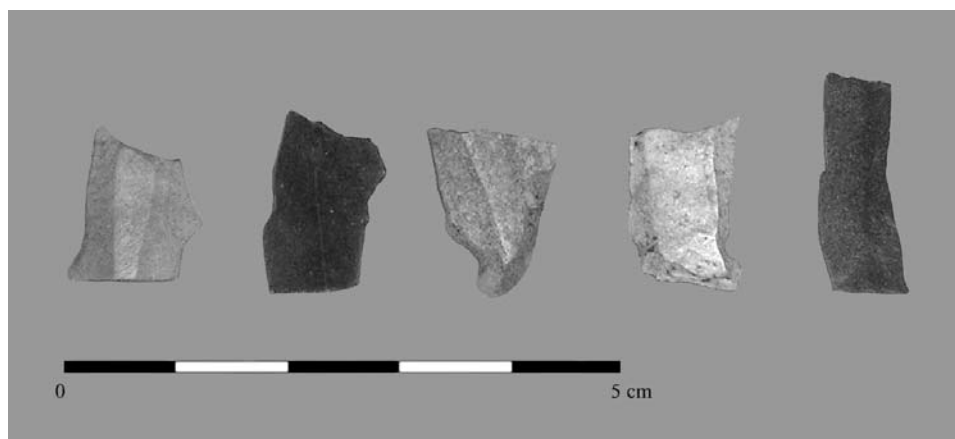
Los criterios que permiten dar por original el yacimiento y descartar que se trate de materiales desplazados desde otro lugar de origen, son su distribución y su datación relativa. El primer aspecto deja claro que la presencia de materiales prehistóricos no está relacionada con vertidos de escombros ni con las grandes remociones realizadas en Garbera. En las distintas batidas del terreno no localizamos ni un solo resto arqueológico en la zona de vertidos procedentes de Garbera; y en cuanto a las numerosas escombreras repartidas por Ametzagaina, por lo general se trata de vertidos de escombros de obra, que no son susceptibles de acarrear tierras con materiales arqueológicos de otras partes. En cuanto al segundo criterio, entre las numerosas zanjas y remociones pudimos observar la presencia de materiales prehistóricos en un perfil de tierras excavado recientemente. El perfil mostraba una secuencia de horizontes de suelo sin vertidos, con materiales arqueológicos, y se encontraba bajo un roble de buen porte, lo que garantizaba que el terreno bajo sus raíces no se había movido en los últimos 30 años, y que ya existían materiales prehistóricos antes de los vertidos de los años 1980.

Las recogidas de materiales se llevaron a cabo siguiendo un minucioso registro de cada parcela, y tomando nota de la distribución de restos por toda la zona, hasta que pudimos establecer en qué áreas se registraba mayor concentración o dispersión de materiales arqueológicos.

Los materiales se distribuyen en dos grandes zonas en torno a los dos promontorios de mayor altura: el área del Fuerte, y la loma sobre Garbera. En ambos casos, se han identificado unas zonas con mayor densidad de materiales, y otras que parecen responder a la dispersión de éstos por la pendiente. De los más de 2.000

restos líticos recuperados, la mayor parte corresponde a la cima de la loma sobre Garbera, donde los conjuntos de piezas aparecían distribuidos en dos áreas de dispersión (laderas norte y sur) en torno al conjunto central, situado en el camino junto a una trinchera de época Carlista. Así, el yacimiento principal se situaría en este lugar, proporcionando cada vez, conforme nos alejamos por las pendientes, un menor número de restos materiales. Esta es la única zona donde hemos conseguido localizar materiales en una posición más o menos original. Aquí, parte del yacimiento fue vaciado al excavar la trinchera, pero otra parte resultó protegida por esa misma tierra al quedar cubierta por el terraplén. De este modo, mientras el resto del espacio ha sufrido una fuerte pérdida de suelo, remociones, y vertidos que llegan hasta la roca madre, bajo el terraplén de la trinchera nos encontramos el sedimento en el estado en que se encontraba hace 200 años. Esto no supone que el yacimiento esté intacto desde la Prehistoria, pero al menos quedó a salvo de las transformaciones más agresivas correspondientes a la era industrial.

El segundo conjunto, de menor número de restos pero de igual importancia, se sitúa en la explanada frente al fuerte y en la cuesta de acceso a éste. Aquí, a diferencia de la primera zona, no hemos logrado encontrar niveles de terreno libres de alteraciones modernas. En todos los sondeos excavados nos hemos encontrado con materiales modernos mezclados con los prehistóricos, sin que hayamos podido identificar un solo estrato prehistórico sin intrusiones o alteraciones.

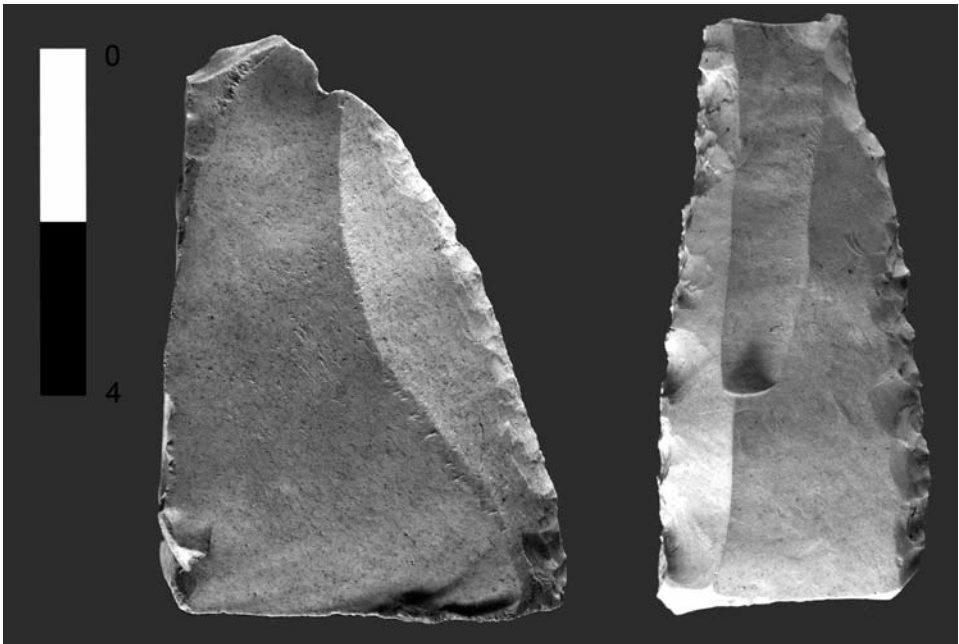


Salvo en la Trinchera, pues, en el resto del monte los materiales se encuentran fuera de su contexto original, y no disponemos de perfiles de terreno que nos permitan observar si existen conjuntos más antiguos (más profundos) y otros más modernos (en estratos más recientes). La escasa incidencia de alteraciones superficiales y de pátinas de desgaste en los útiles de sílex, revela que en su mayor parte no han

sufrido exposiciones prolongadas a la intemperie, ni desplazamientos significativos. Sin embargo, el que no hayamos podido aislar ningún estrato netamente prehistórico libre de intrusiones recientes, indica necesariamente la remoción de las tierras y de los materiales. En nuestra opinión, los huertos cerrados han provocado que los materiales se hayan visto removidos cíclicamente, desde el substrato de base hasta la superficie del suelo, dentro de los límites de cada explotación, de modo que los restos arqueológicos permanecen prácticamente en su sitio, pero fuera de contexto.

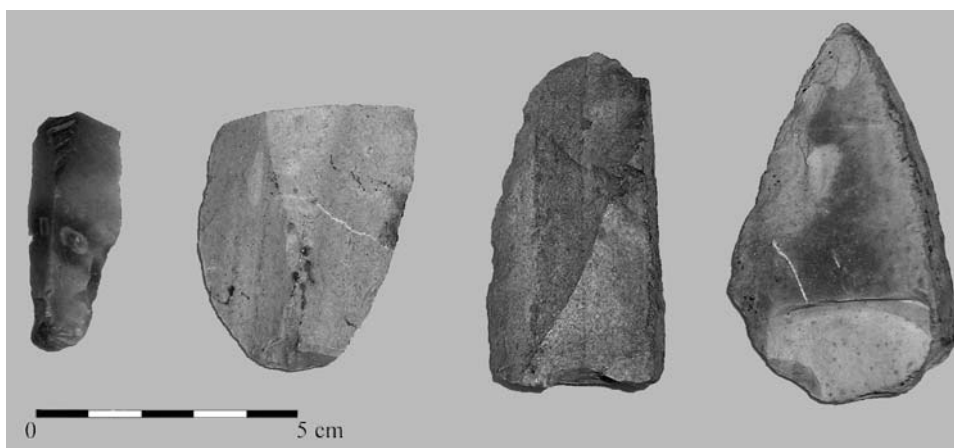
Entonces, sin estratigrafía, sin dataciones... ¿cómo podemos estimar la edad del yacimiento? ¿cómo sabemos que se trata de ocupaciones de una época concreta, y no de muchas ocupaciones a lo largo del tiempo? Los argumentos en que nos hemos basado para ofrecer una explicación son de dos tipos: de distribución espacial y tecno-tipológicos.

En el primer caso, ya hemos comentado que la distribución espacial de restos revela escasos desplazamientos de los materiales por el terreno, de modo que podemos sugerir que hasta fechas recientes la mayor parte del material ha permanecido en su lugar original. La recogida de materiales se llevó a cabo minuciosamente, y con especial interés en localizar la mayor cantidad y variedad de restos agrupándolos en áreas bien delimitadas. Gracias a este enfoque pudimos observar que en todas las áreas de estudio se repetían, en general, las mismas frecuencias de tipos



de útiles y de restos de piedra; es decir, que en cada lugar hallamos raspadores, buriles, lascas, núcleos... En la loma sobre Garbera el conjunto central parece formado en torno a la trinchera, dispersándose hacia los primeros tramos de ladera hacia el norte y hacia el sur. Una relación similar la detectamos en el segundo conjunto, entre la explanada frente al fuerte y la cuesta que conduce al camino de Otxoki. Que las frecuencias sean similares en los distintos conjuntos, significa que cada uno de ellos forma parte de una misma unidad, y que no existen comportamientos específicos para unos conjuntos frente a otros. De modo que en las distintas zonas se ha realizado el mismo tipo de actividad, y las diferencias entre conjuntos se deben a la progresiva dispersión de restos conforme nos alejamos del lugar central.

El segundo argumento, tecno-tipológico, se refiere a las formas concretas en que se trabaja la piedra para elaborar útiles determinados. Las variedades de sílex empleadas son similares en todos los conjuntos, y las técnicas empleadas en su transformación también. Entre la evidencia recuperada encontramos útiles retocados, lascas y láminas sin retoque, piezas rotas o reaprovechadas, núcleos, y abundantes restos de talla. Entre los útiles retocados el grupo más numeroso es el de los buriles, y especialmente el de tipo Noailles, característico (aunque no exclusivo) del período Gravetiense. Acompañan a estos útiles otros como los raspadores, las truncaduras y las piezas de dorso, las raederas, los perforadores, y otros tipos minoritarios. Aunque la función concreta de cada tipo es variable (para determinarla exactamente debe realizarse un examen microscópico sobre piezas que no hayan sufrido remociones y microdesgastes en sus superficies), en general se reconoce el empleo de los buriles para el trabajo de piedra, de hueso, o de madera, a modo de cuchilla o de gubia; los raspadores se emplean en el desgrasado y cepillado de pieles o de madera; las truncaduras y dorsos sirven para embotar los filos o transformar la silueta de las piezas facilitando su prensión o su enmangue; los perforadores se



emplean para horadar diversos materiales; las raederas, en fin, para delinear y reforzar el filo de las piezas de corte y raspado, etc.

Las lascas y láminas, enteras o fragmentadas, indican la forma en que se aprovecha la materia prima, según se gestionen determinados formatos para confeccionar preferentemente determinados útiles, y su tamaño es indicativo del grado de aprovechamiento de cada bloque de piedra. Los núcleos muestran las huellas de las extracciones que se han sucedido en cada porción de piedra para obtener los diferentes soportes (lascas y láminas que serán empleados después con o sin retoque), y denotan el esquema técnico empleado en la secuencia de extracción, así como la intensidad de su explotación. Además de lascas y láminas brutas o retocadas, que serían el objetivo de la talla, y de núcleos, que son los restos de los bloques de material explotado, existen abundantes fragmentos que corresponden a operaciones de retoque, de reavivado de piezas, o de acondicionamiento de los núcleos antes y después de cada serie de extracciones. Por último, la tipología, o diseño y variedad de los útiles recuperados en Ametzagaina, se corresponde con lo observado en las ocupaciones de época Gravetiense en cuevas como Aitzbitarte, Amalda, Aldatxarren o Bolinkoba, y sitúan estas ocupaciones entre 28.000 y 20.000 años a. C.

Conclusiones

Los materiales recuperados en Ametzagaina muestran pues, de modo preliminar, la explotación mayoritaria de variedades de sílex procedentes de un entorno próximo, aunque hay algunas originarias de formaciones geológicas distantes. Los bloques se traen parcialmente preparados para su explotación, que se centra en la obtención de lascas y de láminas como objetos cortantes brutos, y en su transformación, mediante retoques, en útiles destinados a tareas comunes (buriles, raspadores, etc.). Estos útiles se abandonan en el lugar después de su uso, aunque no puede descartarse que parte de ellos fueran transportados hacia nuevos asentamientos, al igual que determinados útiles llegan a Ametzagaina ya plenamente elaborados. Las operaciones que se han llevado a cabo en Ametzagaina, según el tipo de instrumentos recuperados, entran dentro de las tareas cotidianas de un campamento, como correspondería a los trabajos de corte y despique de animales, raspado y curtido de pieles, corte y transformación de materias vegetales, enmangue de piezas, etc., y sabemos que la mayor parte de los utensilios empleados se ha fabricado en el sitio. No se trata de un puesto de caza o de un taller donde se realizaron actividades muy concretas, si no de un campamento (varios a lo largo del tiempo) a donde se transportan los materiales (piedra, vegetales y animales) para ser transformados y consumidos.

Con toda probabilidad se trata de campamentos, tal vez estacionales, en los que un grupo humano se asienta a lo largo del Gravetiense (30.000-20.000 a.C.), apro-

vechando la posición topográfica y el dominio visual que ofrece Ametzagaina sobre la ribera del Urumea y el corredor natural hacia Pasaia y Txingudi. Sin duda, este poblamiento debe relacionarse con el de las cercanas cuevas de Aitzbitarte, y la articulación temporal y funcional entre ambos yacimientos deberá ser analizada con detalle.

Por último, debemos reflexionar sobre el creciente aumento de descubrimientos prehistóricos al aire libre en los últimos años (como Irikaitz en Zestoa), y sobre el riesgo de que otros yacimientos pasen desapercibidos o corran peligro de desaparecer. También debemos cuestionarnos el tópico, ya enquistado, de que el hombre prehistórico era un troglodita refugiado en las cuevas durante toda la glaciación. Y para terminar, debemos agradecer la ayuda desinteresada que muchos particulares nos ofrecen con sus descubrimientos, pero sin olvidar que la recuperación de materiales debe ser realizada por arqueólogos, con el fin de obtener el máximo de información posible.